

MARADONA



EL
PIBE

EL
REBELDE

EL
DIOS

GUILLEM BALAGUÉ

GUILLEM BALAGUÉ

MARADONA

**EL
PIBE**

**EL
REBELDE**

**EL
DIOS**

Balagué, Guillem

Maradona : el pibe, el rebelde, el dios / Guillem Balagué. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2021.
456 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-950-49-7413-0

1. Biografía. 2. Fútbol. I. Título.
CDD 796.334092

© del texto: Guillem Balagué, 2021

© de la revisión y edición del texto: Maribel Herruzo

© de las fotografías de cubierta: Ferdi Hartung / Ullstein bild / Getty Images

© de las fotografías del cuadernillo: Katherine Balmer (kbalmer@shutterstock.com): pág. 1 (arriba),
pág. 9 (abajo), pág. 12 (arriba); Lee Curran (lee@alamy.com): pág. 5, pág. 7, pág. 8 (arriba), pág. 13
(arriba), pág. 15; Stephen Kirkby (stephen.kirkby@gettyimages.com): por el resto de las fotografías.
Diseño de cubierta: Orionbooks

First published by Orion/Gollancz/Weidenfeld, an imprint of the Orion Publishing Group, London

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Derechos reservados de esta edición

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: julio de 2021

4.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-7413-0

Impreso en Gráfica TXT S.A.,

Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de junio de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la
transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico,
mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor.
Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

INTRODUCCIÓN

Francis Cornejo, el entrenador de los Cebollitas, tuvo que viajar a Villa Fiorito para comprobar la edad de aquel pibe; la cédula que suelen guardar las familias sería suficiente. «Es un enano; si tiene ocho años, yo soy Gardel», había dicho al quedar deslumbrado viéndole jugar, el día que su amigo «Goyo» Carrizo llevó a Diego Armando Maradona a hacer una prueba en el Parque Saavedra.

Sin embargo, nada más subir a la caja de carga del Rastrojero anaranjado de José Trotta, su asistente y chófer del equipo, Cornejo dudó. Villa Fiorito era donde vivían algunos de sus jóvenes futbolistas, pero también un barrio habitual en crónicas policiales donde se hablaba de peleas, tiroteos, y muerte. Bueno... Con un poco de suerte estarían de vuelta antes del anochecer. Dejaría primero a unos ocho o nueve chavales por el camino, y luego acercaría a Goyo, a Diego y a los otros chicos a Fiorito. Don José y Cornejo sabían cómo llegar hasta el distrito, pero luego el «Pelusa», que era como le llamaban a Diego, tendría que guiarlos hasta su casa.

José Trotta tuvo que cruzar con el Rastrojero las vías del ferrocarril, pues aún no se había construido el paso que las evitaba, y a Cornejo le sorprendió ver pozos y huellas de carros, y hasta un arroyo de agua sucia que mojaba las pilas de basura. «Es allá», dijo Diego apuntando a la izquierda. Cornejo atravesó el patio y

golpeó la puerta. Abrió doña Tota, con una de sus hijas a su lado. Parecían desconcertadas. «Estamos formando una división de chicos en Argentinos Juniors y tenemos que certificar la edad de su hijo...» Los otros niños habían bajado del Rastrojero y se habían agolpado ante la puerta.

Doña Tota les invitó a pasar con amabilidad, antes de mostrar a Cornejo una partida de nacimiento del hospital Evita, que confirmaba que Diego había nacido el 30 de octubre de 1960. Tenía ocho años. Cornejo se había topado con una joya que podía encajar en su equipo. De hecho, a partir de aquel marzo de 1969, Diego ayudó al equipo a conseguir un récord de imbatibilidad: 136 partidos.

Cornejo recuerda en su libro *Cebollita Maradona*¹ docenas de momentos que nunca antes había visto sobre un campo de fútbol: «Recibió la pelota a la derecha del área, la levantó con la zurda y se la puso en la cabeza... y ahí dejó a todo el mundo con la boca abierta: corrió por el área, de derecha a izquierda, con la pelota pegada a la cabeza y, cuando llegó frente al arco, se frenó de golpe, bajó la pelota desde la cabeza hasta su propia zurda, giró y sacó un zapatazo increíble que pegó en el poste derecho del arquero, que se había quedado parado, como hipnotizado por la jugada. La pelota rebotó y Polvorita Delgado entró a la carrera y la mandó al fondo del arco. Fue una cosa de locos». Esa jugada la aplaudió toda la grada, rivales incluidos.

Un día que entrenaban en el parque Saavedra, un jubilado le quiso regalar a Diego su bicicleta. «No, don, gracias. No puedo.» «Agárrala, nene. Es tuya. Te la quiero regalar. Parecés el diablo gambeteando. Acordate de mí cuando estés en la selección.» Cornejo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y un agradecido Diego, sorprendido por la reacción que su fútbol provocaba, aceptó el regalo.

Los padres de Diego acudían a los partidos en el utilitario de don José. Don Diego y doña Tota se sentaban con el *chofeur* en la cabina. Cornejo disfrutaba con los chicos, atrás, en la caja: «El viento en la cara y el bullicio de los chicos a mi alrededor, cantando, haciendo bromas o dándose ánimo antes de jugar».

Aquel talentoso Cebollita, que debutó en el primer equipo con quince años, no tardó en prender a la afición del Argentinos Juniors, y la directiva le alquiló un apartamento en Villa del Parque, cerca del campo de entrenamiento, para que la familia pudiera vivir algo más holgada fuera de la villa miseria de Fiorito. Diego vivía en el número 2.750. Y en el 2.046 Claudia, una chica apocada que no sabía quién era él. Un día, quedó deslumbrado al verla desde atrás con un pantalón amarillo, y se enamoró. Mucho después, Maradona contaría el episodio de otra manera.

A la familia no le alcanzaba el dinero para pagar el alquiler todos los meses y corría el riesgo de ser desahuciada, pero el club ayudó a Diego, que tenía entonces dieciocho años, a comprar su primera casa. Era una vivienda típica de dos plantas con patio interior del modesto barrio de la Paternal, a tres calles del estadio de Argentinos. Allí vivieron sus padres y sus hermanos, e incluso sus cuñados y sus cuñadas. Maradona dormía en su propia habitación, pero tenía el cuarto de baño unos escalones más arriba, a la altura del terrado.

Los aficionados de Argentinos quisieron agradecer al Pelusa las alegrías que les proporcionaba y recaudaron dinero para comprarle un coche, un Mercedes-Benz 500 SLC, de unos respetables 237 caballos.

Con diecinueve años, mucho antes de ser el «Dios sucio, pecador»² que describiese el escritor Eduardo Galeano tres décadas después, Diego fue campeón del mundo sub 20 en Japón y debutó con la selección mayor. Ese día se acordó del señor de la bicicleta. Para entonces, Maradona ya padecía la llamada «fiebre de tuerca», el auto entendido como tarjeta de visita, un retazo de argentinidad que siempre le acompañó.

Su generoso salario le permitió hacerse un regalo de Navidad: un Fiat Europa 128 CLS; un coche más bien funcional, rectilíneo y rectangular, como el dibujo de un niño. Pero una estrella, como lo era Maradona a los veinte años, no puede conducir solo un Fiat Europa, así que encargó su primer deportivo a Porsche, un 924 de color gris oscuro con tapicería de cuero marrón. Fue su primer tesoro y lo cuidó con esmero. Se desprendió de él antes de dejar Boca Juniors y viajar a Barcelona.

De otro coche deportivo, un VW Golf rojo incluido en las condiciones de su contrato con el Barcelona, bajó Diego a la entrada del Camp Nou una tarde de 1983. La puerta de acceso al campo de entrenamiento estaba cerrada. «Viste Diego, luego dicen que al que madruga, Dios lo ayuda. Es la primera vez que llegás temprano y está cerrado.» Fernando Signorini, un joven preparador físico, de elegante delgadez, se preguntó si no habría metido la pata con el comentario. La media sonrisa de Maradona dejaba espacio para la duda.

Diego sabía de Signorini porque era de las pocas personas autorizadas a presenciar las prácticas de César Luis Menotti. «¿Así que vos sos *profe*?... Mañana jugamos, luego me voy a Argentina, pero a la vuelta de la pretemporada de Andorra quisiera hablar con vos porque con mi representante Jorge Cyterszpiller estamos pensando en armar una Escuela de Fútbol en Barcelona.» Más adelante, Diego le propondría convertirse en su preparador físico personal, algo inédito hasta entonces para un deportista de equipo. Desde ese momento, con alguna pausa entremedias, pasaron juntos más de diez años.

Su primera gran caída emocional se produjo tras la victoria de Argentina en el Mundial de México-86. Después de alcanzar la gloria que había soñado de niño, Maradona entró en un estado de depresión. Su vida como multimillonario prisionero de la fama en el barrio de Posillipo, en Nápoles, le pesó en exceso. Alguien le había ofrecido unos polvos mágicos y Diego, ya elevado a la categoría de héroe, no había dudado en convertirlos en un recurso habitual. Con el pecho hinchado, como cuando escuchaba el himno nacional argentino, se sintió dispuesto a afrontar cualquier cosa. Y cuando miraba la superficie del agua, como Narciso, lo que veía era la imagen de su rostro más hermoso... Un segundo antes de que este desapareciera.

Elevado a la categoría de mito después de haber conseguido el primer *Scudetto* para el Napoli en 1987, decidió que necesitaba un Ferrari, un capricho. Le dijo a su representante de entonces, Guillermo Cóppola, que quería un Testarossa negro en lugar del Rosso Corsa (rojo de competición) habitual. Cóppola no fue un

agente al uso. Se hizo cargo de Diego al poco de llegar a Nápoles y consiguió colocarlo en la estratosfera del fútbol mundial. También estuvo con él en el infierno de la cocaína, una adicción que compartían. Y descubrieron que se tenían un aprecio devorador. Cóppola habría hecho cualquier cosa por su amigo.

«Valía 430.000 dólares —explicó Cóppola en un programa de TyC Sports—.³ Le pasé al Nápoles el doble del gasto y le agregué 130.000 de la pintura. Corrado Ferlaino (presidente del club) terminó aceptando porque le prometí que iba a recuperar su dinero con un amistoso. Nos subimos los dos y Diego empezó a mirar para todos lados. Le digo “¿qué pasa?”. “¿Y el estéreo?”, pregunta Diego. Le digo “¿cómo el estéreo? No tiene estéreo... Es un auto de carrera, no tiene estéreo, no tiene aire acondicionado, no tiene nada”. Y me dice “bueno, entonces que se la metan en el culo”.... Ferlaino no lo podía creer...»

Maradona conservó finalmente el Ferrari negro, que usaba para huir de las Vespas y *mottorini* que le seguían habitualmente por Nápoles. Aunque, al final de cada entrenamiento, mientras nadie gritara, le tocara el pelo o le agarrara del hombro, se quedaba a firmar lo que hiciera falta.

Diego, el niño de Fiorito que miraba el mundo con su nariz pegada al cristal, anhelando una vida de lujo, cayó rendido ante Maradona, el adulto, porque este había sido capaz de obtener todo lo que él más deseaba: coches, mujeres y joyas. Y adulación constante.

En su casa de Nápoles, como antes en la de Barcelona, recibía visitas a todas horas. Había siempre comida para todos, incluidos algunos periodistas amigos, que formaban parte del selecto grupo que pudo acceder al hermético, pero generoso, mundo de Diego. El periodista Daniel Arcucci, autor en la sombra de las dos autobiografías de Diego, lo sabe bien: pasó la Navidad con él un día después de conocerlo, y la relación, que se fue estrechando con el tiempo, se mantuvo hasta el final.

Años después, a finales de mayo de 1990, con el Napoli a punto de ganar su segundo *Scudetto*, Arcucci fue enviado por la revista argentina *El Gráfico* a cubrir la previa del encuentro ante la

Lazio, el partido que podía confirmar el campeonato. Arcucci decidió dar un paseo por Via Forcella, una de las zonas entonces controladas por la familia dominante de la camorra, la de Carmine Giuliano.

Signorini fue el guía del periodista y su fotógrafo, Gerardo Zoilo Horovitz. Nada más entrar en via Forcella, varios tipos con aspecto amenazador empezaron a rodearles. Primero con discreción, hasta que se vieron totalmente encerrados. «Dejame ir a hablar con ellos», dijo el preparador físico.

«Está todo bien», dijo al volver. Les había explicado que eran amigos de Diego. «Pero tenemos que tomar un café con alguien.» Salieron de la poblada calle y se metieron por un callejón, y luego por otro aún más estrecho, y por otro aún más oscuro. Los sonidos urbanos iban quedando atrás.

Fascinados y con cierto temor, entraron en un café. Los clientes se levantaron con prisa, hubo ruido de sillas hasta que se hizo el silencio. Arcucci reconoció por las fotos de los periódicos al hombre sentado al fondo de la barra: Carmine Giuliano.

«*Vuoi caffè?*» «Sí, sí, por supuesto.» «*Hanno bisogno di qualche cosa?*» [¿necesitan algo?]. Como *Telefe* no tenía a nadie en Italia preguntaron a Arcucci si podía enviar algunas imágenes de la ciudad. Pero este no tenía con qué grabar. «Hombre, quizá una cámara», se aventuró a decir, medio en broma. Carmine chasqueó los dedos: «*Una camara per il signore*».

Esa noche cenaron en casa de Diego. Como el personal doméstico tenía la noche libre, doña Tota preparó algo de pasta mientras ellos miraban la televisión y hablaban de la más que posible coronación del Napoli al día siguiente. Don Diego pasaba el rato sentado en una esquina y Claudia entraba y salía del salón. Era casi medianoche cuando sonó el timbre. Diego dejó que contestara Claudia, que regresó a decirle algo al oído.

Maradona, en chanclas, se levantó de golpe, se cambió de calzado y le dijo a Arcucci «vení, ahora vas a conocer Nápoles de verdad». Doña Tota, Claudia, Diego y el periodista bajaron al parquin. Allí había dos Ferraris y una Combi, aquella furgoneta de la marca Volkswagen de figura curvilínea que se convirtió en los

sesenta en un icono de la cultura *hippy*. Se subieron a la Combi. Diego, como siempre, al volante. Al final de la rampa de salida del parquin, las vistas del golfo de Nápoles y el Lancia rojo deportivo de Carmine Giuliano. Giuliano bajó del auto, se acercó a la furgoneta, saludó a Maradona con un beso en cada mejilla y ambos vehículos se dirigieron a la ciudad.

La Combi seguía al Lancia, que lideraba la ruta. A la altura del mar aparecieron unos cuantos *mottorini* con jóvenes que debían llevar horas esperando a que algo pasara. «¡Maradona! ¡Maradona!», gritaban mientras perseguían a su ídolo. «Qué cosa con este chico, no se puede salir a ninguna parte», suspiró doña Tota.

Dalma Salvadora Franco, madre de ocho hijos, dejó atrás su nombre completo para ser la Tota de todos, la madre del pueblo. También se convirtió en la protectora de Diego, en madre idealizada, acaparadora de cariño y personaje clave en la narrativa de la aventura pública de su hijo. Don Diego —Chitoro para sus amigos— nació en 1927 en La Esquina, en el noroeste de Argentina, o eso se ha contado. De joven transportaba ganado en una barca y más tarde, cuando la familia entera se trasladó a Buenos Aires, trabajó en una fábrica trituradora de huesos para la industria química, donde ganaba lo justo. Un día, Diego le pidió que dejara de trabajar, que estuviera a su lado, que se encargaba él de todo. Sus asados eran legendarios, pero, por lo general, don Diego era feliz siendo invisible.



En pleno esplendor profesional, Diego se casó con Claudia, la novia de siempre, cuando su primogénita Dalma tenía dos años y Gianinna seis meses. Guillermo Cóppola preparó una fiesta espectacular en el Estadio Luna Park con una lista de invitados que incluía a Fidel Castro, al presidente de la República Carlos Menem, al mandamás del AC Milán, Silvio Berlusconi, y al presidente de Fiat, Gianni Agnelli. Ninguno de ellos pudo —o quiso— acudir, pero sí lo hicieron políticos, actores y actrices, cantantes, modelos y otros famosos, además de la plantilla del Napoli. De la

tarta de ocho pisos colgaban cien cintas con 99 anillos de oro amarillo y uno de diamantes para los invitados.

Antes de todo eso, los asistentes tuvieron que esperar cóctel en mano la llegada de Maradona, que iba con retraso. Debía hacer algo antes.

Néstor, un amigo de Diego, conducía el elegante Mercedes de color verde que llevaba a los novios y a Cóppola del hotel Sheraton al Luna Park. La cola del vestido de Claudia ocupaba la totalidad del asiento trasero, solo se veía la cabeza de Diego entre la montaña de blanco. De repente, Diego pidió a Néstor que girara a la derecha a la altura de la calle Córdoba. «¿Por qué? ¡No es por ahí!»,⁴ señaló Cóppola, mientras el *walkie-talkie* que usaba para comunicarse con el Luna Park se quedaba sin alcance.

«Dobla por aquí, en Sanabria; a tres cuadras, dobla a la izquierda. Calle Castañares. Ese portón, el número 344», indicó Maradona tras veinte minutos de carrera.

«Pero ¿qué hacemos aquí? Vamos muy tarde», preguntó de nuevo un enojado Cóppola.

«Llama a la puerta, Guille. Pregunta por don José.»

Una mujer de unos setenta años abrió la puerta.

«Señora, ¿le puede decir a don José que está aquí Maradona?»

Don José, pijama celeste, zapatillas y los ojos como platos, se encontró a Maradona frente a su puerta.

Doce años atrás, Diego había viajado a Alemania con Jorge Cyterszpiller, su agente de entonces, para firmar su primer contrato con Puma. El patrocinador les había enviado tres pasajes de avión en primera. Diego invitó a Claudia. Y don José, el ferretero del barrio, dijo algo como «¡Estos Villafañe dejan a esa mocosa ir con ese futbolista! Pero ¿quién se cree que es?».

«Hola, acá estoy con la mocosa que usted dijo que me llevaba a Alemania cuando tenía dieciséis años. Es mi mujer, la madre de mis hijas, don José. Mire la fiesta por televisión. Ahora nos podemos ir, Guille.»

Deuda cobrada.

★ ★ ★

No era aquella una época de equilibrio. Maradona buscó siempre el disfrute: de la vida no se sale vivo, así que hay que saborearla. Incluso la relación con el público y con el fútbol la marcó el placer: con el balón siempre hizo cosas que la audiencia no olvidaría nunca, aunque no fueran necesarias. Por puro gusto. Pero el hedonismo tiene un límite: cuando hace mal a uno mismo.

Diego nunca aceptó medias tintas.

Narcisista y maníaco-depresivo —lo que las clasificaciones psiquiátricas definen como «bipolar»—, Maradona encarna el exceso, el carácter mesiánico (los archivos están repletos de referencias a sí mismo en tercera persona) y la falta de límites. Nosotros seguimos de cerca esas infracciones, varias cámaras recogieron todos los ángulos: le hemos visto besando a mujeres y a hombres, borracho, drogado. Bromeando con sus dos hijas. Riendo. Llorando. Perseguido, rodeado. Asfixiado. Agudo, listo. Perdido. Tramposo.

Por aquel entonces, Maradona creía tener inmunidad y no pensaba en las consecuencias. Como ocurrió una noche en Londres, con el inseparable Cóppola, quien, aprovechando que se hospedaban cerca de una concesionaria, sugirió ir a ver una Range Rover que quería comprar. Justo en ese momento, el mismo modelo se detuvo frente a ellos.

«Se bajan dos pibes —contó Cóppola en el programa de televisión argentino *Pura Química*—. ⁵ “¡Maradona! ¡Maradona! ¿Foto?”, “Sí, foto. ¿Autógrafo? Vayan a la recepción a pedir lápiz y papel.”» Y mientras los pibes entraban Diego le dice «vamos, vamos». El futbolista y su agente se subieron a la camioneta, se fueron a un bar, pasaron como unas dos horas hasta que Cóppola soltó, «Diego, los pibes ahora deben de estar preocupados». «Bueno, tenés razón, vamos», contestó Diego.

«Volvemos», continúa Cóppola con la historia, «y sentaditos los dos pibes en el escalón donde estábamos nosotros. Y de nuevo los abrazos “¡¡¡Maradona!!!”». Se hicieron fotos, les regalaron zapatos, camisas y pulóveres que llevaban en el maletero, y al día siguiente los fueron a buscar para llevarles al aeropuerto. «La Range no la robamos, la tomamos prestada un ratito. Y los pibes,

felices, porque esa furgoneta la había manejado Diego», concluyó Cóppola.

A su regreso a Boca, en 1995, compró dos Ferraris F355 Spider, esta vez sí, rojos. Un lunes conducía un Porsche deportivo. El martes una camioneta Mitsubishi. El miércoles la cabina de un camión Scania 360 azul. «¿Vieron qué linda maquinita? Ahora va a ser difícil hacerme notas, ningún periodista se va a poder colgar», decía, sacando la cabeza de la ventana y mirándolos a todos desde arriba.

Aunque nunca se quiso ir, Maradona se despidió de su vida de jugador un día de 2001 en la Bombonera. Allí les dijo a los suyos, a una grada repleta, a sus excompañeros presentes, pegado al micrófono, que, pese a todo, «la pelota no se mancha».

Pero, en realidad, no se fue lejos. Más bien lo contrario.

Había empezado un nuevo reto: quiso seguir siendo Maradona y, como dijo el periodista Daniel Arcucci en una ocasión, continuar marcando un gol contra Inglaterra. Decidió no conceder al hombre que habitaba la posibilidad de vivir con tranquilidad. Prefirió ser el mito que todo el mundo quería que fuera. Pero como eso no resultó del todo posible, la frustración se convirtió en depresión, y esta lo llevó a momentos en los que estuvo a un paso de la muerte. Luego vinieron las resurrecciones y las nuevas caídas, todo multiplicado y acelerado por sustancias artificiales, especialmente cuando sus padres fallecieron, en la segunda década de este siglo. Ahí el suelo quedó embarrado, inestable.

Cuando había estimulantes a mano, no saber decir basta era un peligro no solo para el propio Diego sino, también, para quienes ocasionalmente le rodearon. Su vida se fue convirtiendo en un callejón sin salida. Las recaídas no se debían exactamente a las sustancias que consumía, sino a su propia propensión a dinamitar cualquier límite que se le intentase (pro)poner. Fue un perverso, en el sentido técnico que el psicoanálisis otorga a este término: transgresor de leyes y normas.

Se pasó su vida buscando paz, pero cuando la encontraba le sabía a poco. Y regresaba la perversión, de la cual dan cuenta los muchos episodios que protagonizó en diferentes esferas públicas

donde finalmente lo invitaron, conminaron u obligaron a marcharse: a menudo acabaron con alguna forma de violencia por parte de Diego, ya fuese verbal o física.

Una vez Jorge Valdano dijo que «mucha gente piensa que el problema de Maradona han sido las amistades, pero yo creo que el problema de las amistades es Maradona». Personalidad megalómana e histriónica, Diego pide la máxima lealtad: si estás junto a él, le rindes pleitesía; de lo contrario, mejor alejarse. Entre quienes eligieron la segunda opción se encuentra una legión de amigos y examantes que intentaron aconsejarle para su bien, pero fueron despedidos. Luchó contra todos ellos, y de un modo muy público, incluso con los que un día le fueron más queridos y cercanos: Cyterszpiller, su mujer Claudia, Guillermo Cóppola. Sus batallas judiciales fueron interminables, algunas aún continúan.

Su salud se deterioró en los últimos diez años de su vida, pero el dolor más intenso fue aceptar «que ya no se sentía Maradona», según Daniel Arcucci. En sus últimas apariciones como entrenador (en el Sinaloa mexicano o el Gimnasia y Esgrima argentino), queda claro que nadie le pudo convencer de que ya no era necesario seguir siendo Maradona. Abusó de su cuerpo. Dejó finalmente de tomar cocaína, pero siguió siendo adicto hasta el final. Al alcohol. A las pastillas para dormir. A la adulación.

Pasó sus últimos días en una casa alquilada, de dos plantas, sin lujos, funcional, en la que se instaló al salir del hospital donde había pasado ocho días tras ser operado de un edema cerebral. Colocaron su cama en un pequeño dormitorio al lado de la ruidosa cocina, en la planta baja, para evitar que tuviera que subir la escalera. Ahí dejó de vivir.

La muerte fue el único límite que no traspasó voluntariamente para ver qué tal. Falleció, poco después de cumplir sesenta años, de una insuficiencia cardíaca que le generó un edema agudo de pulmón y le provocó una muerte súbita. Pero podría haber sido de cualquier otra cosa.

Diego solamente vivió diecinueve años sin el balón.

Una furgoneta Chevrolet de la Policía Científica de Buenos Aires llevó su cuerpo al hospital para que le practicaran la autop-

sia. Una ambulancia, un Fiat Doblo blanco, lo trasladó a la Casa Rosada, la residencia presidencial donde se celebró un velatorio multitudinario, un paseo continuo frente a su féretro de todo tipo de argentinos, algunos llegados de cientos de kilómetros de distancia, muchos vestidos con la camiseta de la selección, la mayoría, no todos, intentando evitar las lágrimas. No le decían adiós, le estaban entronizando.

Claudia decidió cerrar las puertas de la Casa Rosada demasiado pronto y la masa se rebeló. Hubo violencia, detenciones, asalto a la residencia oficial.

Un coche fúnebre, un Peugeot de color gris oscuro, le rescató para llevarle al cementerio del Jardín Bella Vista donde fue enterrado, al lado de sus padres, por aquellos que estuvieron con él desde el principio, o en todo caso los que quedaban: Claudia, Dalma, Giannina, Cópola...

La paz lo había encontrado, finalmente.

Si pudiéramos haberle advertido de lo que le esperaba cuando posó para sus primeras fotos, tímido y limpio, con una pelota bajo el brazo; si hubiéramos podido dirigirle hacia otra dirección... Al fin y al cabo, mucho de lo que hizo, lo hizo por nosotros.

★ ★ ★

¿Cómo explicar a Diego Armando Maradona, el futbolista? Se podría explicar todo a partir de los dos goles que marcó a Inglaterra en México 86. O dando detalles de la liga conseguida con el Napoli en 1987, cuando su máximo nivel futbolístico coincidió con el inicio de su declive físico y emocional. Diego Armando Maradona nunca se paró lo suficiente para reírse de la completa contradicción y las constantes paradojas con las que vivió. Igual es que, como un amigo defiende, la coherencia es un valor burgués.

Esto que tiene en sus manos es la historia de esas deliciosas paradojas, de muchos errores dolorosos y sus enmiendas, de epopeyas y anécdotas que pueden parecer triviales, de caídas y resurrecciones, de un futbolista que vivió solamente al límite, y de

muchos de aquellos que lo acompañaron. Es una historia en la que se pueden ver grandes titulares, pero que se comprende mejor cuando se lee entre líneas.

Realizaremos el camino recorrido por el jugador, desde sus orígenes hasta ese día de 2001 que dejó el balón en La Bombonera, en un emotivo homenaje del que se habla todavía. Caminaremos hasta ese punto no solo porque lo que decidió hacer con su vida tras su jubilación es cosa suya, sino también porque después de ese día su vida se aceleró, multiplicando las tendencias que ya eran visibles.

Para escribir este libro tuve que ir al origen, a Villa Fiorito, en Cuartel Noveno. Era mi último día en Buenos Aires, recién iniciado el 2020, una tarde calurosa de verano argentino. Nadie quería llevarme. Finalmente, un taxista amigo de un amigo aceptó mi petición. Antes de acercarme al aeropuerto de Ezeiza se desviaría para hacer una breve parada en Fiorito. Pero tampoco él estaba convencido: «¿Seguro que quieres ir? Breve, ¿eh?».

Salimos de la autopista. Pasamos un par de rotondas, cada vez más pequeñas, y por debajo de puentes, cada vez menos cuidados. Dejamos atrás el paso que se construyó para evitar las vías del tren. Ninguno de los dos hablábamos, se había creado una atmósfera tensa. Entrábamos en un mundo desconocido, del que sabíamos solo de oídas.

Las casas empezaron a ser cajitas con cemento visto rodeadas de un patio irregular con una verja a medio construir o poblada de flora descuidada. Niños descamisados pateaban un balón, las mujeres llevaban bolsas enormes cargadas de cosas. La calle se fue estrechando y el pavimento pasó a ser de tierra y accidentado. Se parecía mucho a la que debió ver en su día Francis Cornejo. «Ya está, la casa donde vivió Diego de niño es por aquí, ahora nos volvemos», me dijo el taxista. «Siga un poco más», le pedí. Ni una señal llevaba al espacio fundacional, a su calle, al primer potrero que hoy está usurpado por otras casas de techo de metal. A su casa.

Un hombre, evitando las montañas de escombros acumuladas en la acera, paseaba por el medio de la calle estrecha donde vivió

sus primeros años Diego. Sin detenerse, casi sin bajar la ventanilla, el taxista preguntó por la casa. «Allí, a doscientos metros.» El taxista paró el coche, pero no el motor, en frente de la misma. La vegetación era frondosa. Al fondo, medio oculta por la sombra que la cubría y los árboles que habían crecido en el patio, se intuía una casa de una planta. Un hombre en camiseta blanca sin mangas se levantó bruscamente de su mecedora. «¿Qué buscan?» «Nada, patrón. Solo que aquí este amigo quería ver...», contestó el taxista mientras ponía el coche de nuevo en marcha.

Pasamos al lado de una canchita de tierra con una portería.

Posteriormente, justo después de que Diego cumpliera sesenta años, la autoridad local de Lomas de Zamora, que tiene jurisdicción sobre Fiorito, declaró su primera residencia patrimonio cultural después de prometerle a aquel hombre un nuevo hogar.

El día que murió Maradona, un artista contratado por el Ayuntamiento pintó el rostro de Diego con un aura amarilla en la pared del bungaló. «La casa de Dios», se leía debajo.